

C. Navarro Ruiz, *El capitalismo de hoy, la incertidumbre de mañana*, Logroño, Pepitas, 2022, 156 pp.

Desde hace poco más de una década se viene asentando en España la recepción de las nuevas lecturas de Marx que surgieron en Alemania, sobre todo a partir de los años noventa, en respuesta a la crisis que sufría el marxismo, como referencia teórica, a causa de algunos de los límites a los que la interpretación más o menos tradicional de sus conceptos lo habían conducido. La Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid ha sido uno de los espacios académicos donde esta recepción ha sido más fructífera. Entre su profesorado, César Ruiz Sanjuán, Clara Ramas o Jordi Maiso son referencias ineludibles a la hora de situar la traducción, elaboración y difusión de estas nuevas corrientes interpretativas en España. Con la publicación de este libro, que recoge parte de una investigación doctoral realizada en esa misma facultad, Clara Navarro se suma a este elenco de docentes e investigadores cuya labor trata de actualizar la teoría marxista como marco conceptual para la comprensión de las sociedades capitalistas contemporáneas. La editorial Pepitas incluye así en su serie de publicaciones sobre la crítica de la escisión del valor a una de las autoras que mejor está articulando la recepción de sus planteamientos dentro de la filosofía española.

*El capitalismo de hoy, la incertidumbre de mañana: alma y declive de una forma de vida* es un libro de divulgación en el mejor sentido del término. Navarro tiene una extraordinaria capacidad para conectar los complejos y abstractos conceptos con que Marx describió la lógica de la estructura y el funcionamiento de la sociedad basada en la producción de mercancías con la experiencia cotidiana. Es notable la manera en que mediante ejemplos precisos e ilustrativos el libro aterriza ese entramado categorial que explica los mecanismos y relaciones subyacentes al modo en que se presenta ante nosotros la realidad social que vivimos. “Fetichismo”, “valor”, “trabajo abstracto” o “fuerza de trabajo” son conceptos cuya explicación requiere un elevado nivel de abstracción y en ocasiones ello puede generar una cierta autorreferencialidad discursiva que opaca los fenómenos de los que se quiere dar cuenta. No es el caso aquí. El esfuerzo por la inteligibilidad y la accesibilidad se conjuga con la precisión en el tratamiento de los conceptos y las teorías que se exponen. A lo cual hay que sumar además la honestidad y cercanía del tono con que está escrito el libro, algo que convierte la lectura en un ejercicio ameno además de estimulante.

El primer capítulo del libro está dedicado “a explicar en qué consiste la lógica del capital y cómo afecta eso a nuestro día a día” (p. 21). Navarro se apoya en los tra-

bajos de Robert Kurz, una figura relativamente marginal desde el punto de vista académico, aunque su influencia en espacios políticos dentro y fuera de Alemania no sea en absoluto desdeñable. La perspectiva que este autor movilizó junto al grupo de teóricos militantes alemanes que se agruparon en torno a las revistas *Krisis* y *Exit!* ofrece la ventaja de que permite problematizar las dos nociones básicas a las cuales hace referencia este concepto en la crítica de la economía política de Marx: la riqueza y el trabajo. A la denuncia de la explotación como forma desigual de reparto, tanto de la riqueza producida socialmente como del trabajo necesario para producirla, se añade así una crítica de la forma que adquiere esa riqueza, una forma abstracta y desvinculada de las necesidades sociales, cuando es producida por una forma de trabajo organizada de manera igualmente abstracta y según el criterio prioritario de la producción de beneficio económico en un marco de competencia. Esto es lo que permite mostrar que la sociedad capitalista no es solamente un modelo social profundamente injusto, también “se trata de una forma muy extraña de organizar las relaciones económicas” (p. 24). Esta extrañeza aparece una vez que se desgrana el contenido social de las categorías económicas y se problematiza no solamente el reparto de lo que se produce sino también la manera de producir lo que se reparte de manera desigual. Por eso Navarro concluye el capítulo con dos consecuencias fundamentales que extrae de los rendimientos que le ofrece esta perspectiva. En primer lugar, la atención a la dimensión social de las categorías económicas exige también “acercar el estudio de la economía al resto de las disciplinas sociales” (p. 48). Porque separar estas disciplinas inevitablemente trae consigo el riesgo de acabar naturalizando alguno de los aspectos que se estudian desde una u otras. A su vez, y esta es la segunda consecuencia, ello implica poder introducir nuevamente en la economía política el cuestionamiento de sus presupuestos prácticos: “La reproducción social de nuestra comunidad y el acceso a la riqueza que producimos como individuos significa articular en torno a qué fines queremos dirigir nuestros desvelos, sufrimientos y anhelos. Implica asimismo saber cuánto tiempo estamos dispuestos a dedicar a la producción y cuánto al descanso y a qué cosas merece la pena que consagremos nuestros esfuerzos” (pp. 48-49). Esta es seguramente una de las aportaciones más importantes de la perspectiva de Kurz que Navarro expone con tanta claridad: la noción de validez que está operando en el núcleo de la economía política exige una pregunta por los fines que no siempre se plantea cuando se hacen análisis exclusivamente económicos.

Pero esta importante aportación de Kurz no excluye que en otros aspectos su teoría presente algunas dificultades. Probablemente la más problemática sea su inclinación a priorizar el aspecto lógico de una dinámica capitalista que “funciona de tal modo que lo que es resultado de una *práctica histórica determinada* (que puede haberse dado como resultado de una serie de hechos fortuitos, contingentes) se convierte en *fundamento lógico* de su subsiguiente repetición y, por tanto, de la forma que adquiere el sistema en su conjunto” (p. 30). Esta inclinación supone conceder un mayor peso a la necesidad de las formas sociales que resultan de esas prácticas que a su carácter contingente. Al descompensar el equilibrio teórico entre la inercia del sistema y la acción política que lo constituye a favor de lo primero, Kurz se mantiene como uno de los pocos que ha seguido defendiendo una teoría de la crisis del capitalismo que incluye la tesis de su necesario derrumbe a causa de sus contradicciones internas: la teoría acerca del *límite interno* del capital como “frontera objetiva en la posibilidad de la reproducción y acumulación capitalista” (p. 51). Navarro marca una cierta distancia interpretativa con el carácter más determinista de esta teoría y rebaja las pretensiones de pronóstico a futuro para plantear más bien “un análisis certero de las tensiones de nuestro presente” (p. 52). Ello le permite recoger lo más lúcido del planteamiento de Kurz sin asumir las consecuencias teóricas más grandilocuentes y problemáticas, fortaleciendo su aportación al diagnóstico de la actualidad y afinando la mirada allí donde se requiere una perspectiva más atenta al conflicto político y la contingencia de las respuestas de las élites empresariales a las crisis. Ambas cuestiones son objeto del segundo y el tercer capítulo del libro.

Navarro comienza presentando los tres elementos que caracterizan de manera específica la teoría del colapso del capitalismo que defiende Kurz: “a) una mirada macroeconómica, global, sobre el sistema capitalista; b) la atención al desarrollo tecnológico y la eliminación del trabajo por el mismo; y c) la comprensión del capitalismo como un conjunto sistémico” (p. 54). Se trata de elementos fundamentales para comprender el sentido específico con que Kurz interpreta dos de los argumentos de Marx sobre las tendencias inherentes al capitalismo: por un lado, “la progresiva desvalorización del valor por el constante desarrollo de las fuerzas productivas” que resulta de la necesidad de mantener un determinado “estándar de productividad” (p. 54); y, por el otro, el agotamiento de la capacidad del plusvalor relativo para “compensar la masiva desvalorización del valor que ha generado el desarrollo de las fuerzas productivas” (p. 62). En ambos casos, Navarro destaca cómo la lectura de Kurz sitúa estos procesos al nivel de una “tendencia global de la sociedad y no como una inclinación de cada uno de los capitales individuales” (p. 58) y “se fija en el nivel global del valor, donde no solo importa el nivel de plusvalor adquirido con respecto al total del valor generado (es decir, cuánto del pastel adquiere para sí el capitalista individual), sino también la cantidad de fuerza de trabajo que puede utilizarse de manera productiva para el capital dado un estándar de productividad determinado” (p. 62). Este último aspecto relativo a la eliminación

del trabajo es abordado más pormenorizadamente en el tercer capítulo, mientras que el segundo se concentra en discutir la tesis acerca de la desvalorización y el agotamiento de la compensación mediante el plusvalor relativo. El problema más general que plantea la teoría de Kurz es que es justamente esa perspectiva global que necesita adoptar para movilizar los argumentos de Marx en defensa de su teoría lo que dificulta obtener la evidencia empírica para sostenerla. Por eso Navarro asume una posición más prudente a la hora de conectar el argumento lógico que apunta a la necesaria finitud del capitalismo como consecuencia de sus contradicciones (básicamente su incapacidad para satisfacer adecuadamente las necesidades de los individuos y su dependencia de esos mismos individuos a los que expulsa del sistema debido a la inevitable y creciente desigualdad que genera) con lo que podrían ser los síntomas de esas contradicciones en las últimas décadas: “caída de las tasas de beneficio”, “crecimiento de los niveles de precariedad e irregularidad laboral”, “aumento de la desigualdad”, “deterioro de los estados de bienestar”, “pérdida de la progresividad en los impuestos” o “fin del papel moderador de Estados Unidos como principal actor global” (pp. 65-67).

Para entender cómo se ha llegado hasta aquí es necesario comprender cuáles fueron las respuestas por parte de las élites económicas y políticas a la crisis que sacudió el capitalismo en los años sesenta y setenta. Siempre enfatizando que se trata del “conjunto de una serie de factores necesarios y azarosos” (p. 68) y que “los esquemas con los que interpretamos la dinámica capitalista son modelos que se corresponden con la realidad empírica del capitalismo, pero que no se identifican con ella al modo de una fotografía” (p. 73), en el tercer capítulo Navarro agrupa estas respuestas en dos conceptos que explican los dos procesos que han marcado las transformaciones económicas y geopolíticas de las últimas décadas: la financiarización y la globalización. Lo más importante respecto a la primera es entender que el “juego de espejos en que consiste el mercado financiero” (p. 75) ha generado una modificación en el “eje temporal de la economía” donde la apuesta del negocio y la promesa de ganancia pasan a representar “valores a realizar en el futuro como una forma de capital presente, por lo que el foco no está puesto en la realización efectiva del valor, sino en la *anticipación* de su realización” (p. 76). Esto es lo que ha permitido desde hace décadas la creciente autonomización de las finanzas con respecto a los procesos productivos y la consiguiente centralidad que han adquirido en la economía contemporánea la especulación y las burbujas en distintos sectores, así como las subsiguientes crisis. Dado que esta financiarización de la economía es indisoluble de la globalización, pues ambas son a la vez condición y efecto una de otra, Navarro analiza la segunda a partir de las estrategias empresariales que se entrecruzan en ambos procesos y, siguiendo nuevamente a Kurz, la divide en dos fases caracterizadas por las formas de racionalización de la producción que han permitido los diferentes desarrollos tecnológicos de las últimas décadas. En primer lugar, explica cómo las innovaciones de la microelectrónica permitieron a las grandes empresas implementar estrategias de deslo-

calización y externalización, desplazando su actividad productiva a lugares donde la fuerza de trabajo resultaba más barata y abandonando aquella parte de la actividad que podían subcontratar también a menor coste, evitando así además la responsabilidad empresarial de la misma. En segundo lugar, muestra cómo el desarrollo de internet y las tecnologías de la comunicación han permitido enormes avances en la gestión y el uso masivo de datos, produciendo así un desarrollo inmenso de la logística como clave de la integración de los procesos productivos en grandes cadenas de valor que favorecen “una mayor división del trabajo e interdependencia de los núcleos productivos” (p. 83).

Como puede apreciarse, en ambas fases el desarrollo tecnológico ocupa un lugar explicativo central. No obstante, ya se ha mencionado antes que una de las virtudes del trabajo de Navarro es distanciarse de las tesis de Kurz allí donde manifiestan un cariz más determinista que opaca el hecho de que el desarrollo del capitalismo es ante todo una cuestión de estrategia política y empresarial por parte de los capitalistas. Por eso dedica el último apartado del tercer capítulo a discutir dos importantes tesis contemporáneas relativas a la relación entre la economía capitalista y la tecnología: “el modelo de negocio de las empresas del «capitalismo de plataformas» y la amenaza de la desaparición del trabajo por efecto de la automatización” (p. 93). Lo primero requiere hacerse cargo de las características más importantes que pueden detectarse en el denominado capitalismo digital. Navarro destaca cómo el desarrollo de las principales empresas que representan la pujanza de esta nueva economía digital –Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft– responde a un modelo de negocio rentista basado en la noción de “mercados de propietarios” (p. 93). Lo que prima es su carácter de monopolio en la prestación de un servicio, ya sea directamente o debido al control de la infraestructura que permite alojar dichas prestaciones, y su función de intermediación, lo cual no solo les permite cobrar por el uso de sus servicios o infraestructuras, sino también acumular y controlar los datos que genera ese uso. El otro rasgo característico que suele destacarse respecto a este modelo de negocio es que las mercancías que se intercambian y se producen, los “productos digitales”, tienen “una reproductibilidad *ad infinitum* [que] tiende a cero” (p. 96). Esta tendencia a la gratuidad de su reproducción ha llevado a algunos a plantear una tesis en cierto modo inversa a la del colapso del capitalismo: la aceleración del desarrollo del capitalismo conduciría a su superación al exacerbar sus contradicciones y liberar el potencial que reside en la diferencia específica de productos cuyo valor de uso no desaparece con el consumo y cuyo valor se separa de la medida del trabajo con cada nueva reproducción que no requiere más trabajo. Lo que muestra Navarro es, más bien, que “la dificultad que implica trabajar con este tipo de mercancías ha llevado al sector de las empresas y las plataformas digitales a implementar estrategias cuyo éxito ya ha sido comprobado en el sector financiero” (p. 97).

Resulta particularmente interesante esta vinculación entre la economía digital y el modelo financiero porque señala la ambivalencia que define siempre el capitalis-

mo: el potencial de una inmensa riqueza común frente a su explotación por parte de quienes se apropian de ella. Dado que este conflicto está presente en cualquier forma de arreglo capitalista en que se organice el modo de producción, atribuir un peso excesivo a los efectos del desarrollo tecnológico en una u otra dirección, ya sea para pronosticar el colapso o vaticinar la superación del capitalismo, supone volver a priorizar la lógica de los conceptos frente a la contingencia de las prácticas y los conflictos. Por eso para Navarro es más importante señalar aquello que nos permite entender mejor el funcionamiento y la organización actual de la economía: “El sistema descrito pone de relieve el proceder de un sector capitalista cuyo modelo económico, fuertemente interconectado con las finanzas y los vaivenes comerciales, reposa antes en rentas patrimoniales que en rentas del trabajo, en la riqueza ya producida más que en la riqueza por producir. Dicha dependencia implica que la mejor estrategia de supervivencia pasa por asegurar las ganancias de los inversores antes que en satisfacer las necesidades de los consumidores” (p. 98). Este carácter fundamentalmente rentista de la economía digital, así como sus vínculos con el sector de las finanzas, nos dice más sobre los conflictos del presente que sobre lo que cabe esperar acerca del futuro.

Lo mismo sucede con la tesis acerca de la automatización y el futuro del trabajo. Este es uno de los puntos centrales que sostiene la teoría de Kurz acerca del límite *interno*. En este caso, Navarro acude al trabajo de Aaron Benanav –la capacidad de identificar quién puede aportar la perspectiva más sólida e interesante respecto de cada problema tratado es otra de las virtudes del libro– para matizar las conclusiones de Kurz y poner más énfasis en las estrategias empresariales a la hora de afrontar los problemas de sobreproducción que saturan el mercado. No es un problema inherente a la relación entre tecnología y trabajo, ni siquiera bajo las formas sociales específicamente capitalistas, lo que expulsa a personas del mercado laboral, sino el carácter competitivo de la organización de la reproducción social: “lo que Benanav nos ha demostrado es que *antes* de que la tecnología expulse al hombre de la producción, la propia *competencia* entre capitales, su lucha descarnada, es ya capaz de tensar hasta la extenuación la dinámica capitalista, haciendo muy complicada la valorización del valor” (p. 106). Esto no niega la intuición básica de Kurz acerca de los problemas que presentan la automatización y el aumento de la composición orgánica del capital para la continuidad de la reproducción social capitalista. Sin embargo, pone de manifiesto que lo que ello expresa es un conflicto en el cual están en juego diferentes estrategias y distintas prioridades, no tanto una inercia y un límite ineludibles.

Este impulso por no descuidar ni la dimensión práctica ni las luchas que quedan por fuera de la lógica de algunos conceptos es lo que lleva a Navarro a concluir su libro con un capítulo en el cual se abordan tres cuestiones que tradicionalmente el marxismo había dejado más o menos de lado en su crítica al funcionamiento explotador y opresivo del sistema capitalista. Se trata de aquellos conflictos que tienen que ver con el género y la

división sexual del trabajo, con el saqueo de los recursos naturales que sostienen la reproducción de la vida y con el tratamiento diferencial de los cuerpos en base a ciertos rasgos fenotípicos. La virtud del acercamiento de Navarro a estas tres cuestiones es justamente su capacidad para vincularlas con el funcionamiento lógico e histórico del capitalismo que ha venido desgranando en los capítulos anteriores.

Comenzando por la cuestión de género, Navarro se apoya en la teoría de la reproducción social para “ilustrar la intersección entre el género y el capital” (p. 114). Destaca especialmente el modo en que esta noción de reproducción social amplía todo lo que tiene que ver con la “acumulación de plusvalor” y “se convierte en el centro de gravedad de una teoría que comprende que la lógica capitalista se lee de manera holística y habitada, también por otras muchas relaciones de poder diferentes, por otras jerarquías (género, «raza», capacitismo), que se deben asumir como elementos fundamentales para el análisis social y económico” (p. 115). Esta ampliación de la comprensión del funcionamiento del capitalismo se enmarca en un intento por anclar las perspectivas interseccionales que ha venido desarrollando el feminismo en una explicación de las relaciones de producción capitalista como materialización de diversos conflictos institucionales y sociales, no solamente económicos, sin tener que recurrir a teorías duales que luego presentan dificultades a la hora de explicar cuál es la relación entre los distintos sistemas sobre los que se teoriza separadamente (por ejemplo: patriarcado y capitalismo). Navarro muestra las ventajas que ofrece este marco conceptual exponiendo el modo en que la perspectiva del trabajo doméstico y de cuidados ha llevado a un “cuestionamiento radical de los fundamentos de la economía ortodoxa” (p. 121). Esto es algo que no solo supone un avance para el feminismo. La comprensión del capitalismo como forma de vida que despliegan “las propuestas de la economía feminista más rupturista” (p. 121) llega a un nivel de cuestionamiento de la realidad social capitalista mucho más profundo de lo que nunca alcanzó el marxismo más ortodoxo.

En segundo lugar, Navarro aborda el desastre medioambiental al que conduce la contradicción entre las exigencias del modo de producción capitalista y el entorno en el que debe realizar esas exigencias. También en este caso la teorización sobre el funcionamiento del capitalismo desde el marxismo y el análisis de sus consecuencias desde el punto de vista ecologista ha discurrido históricamente por cauces mayoritariamente separados. Apoyándose esta vez en la perspectiva desarrollada por Kohei Sato y Jason W. Moore, Navarro analiza cómo esa separación ha venido dada en parte debido a la cosificación misma de la naturaleza que ha producido su tratamiento como recurso. La abstracción presente en el concepto moderno de naturaleza es lo que marca esa separación conceptual entre naturaleza y sociedad que ha llevado a cierta izquierda a otorgar un carácter secundario a los problemas ambientales y a cierto ecologis-

mo a defender un programa conservacionista que considera el entorno natural al margen de los procesos sociales que lo configuran y de las relaciones de poder que atraviesan esa configuración. Por eso concluye Navarro que “es necesario ampliar la noción de la economía y su sostenibilidad alejándonos de arquetipos basados en el infinito crecimiento lineal, desde enfoques como el de Moore y sustituyendo la noción de «fuerzas productivas» por el de «base productiva», que implica la consideración de nuestras técnicas, capacidades y actividades en nuestras interacciones con un entorno considerado vivo” (p. 132).

El último apartado de este capítulo está dedicado al sentido social de la noción de raza como “criterio que genera una jerarquía de los cuerpos basada en características fenotípicas de carácter arbitrario” (p. 134). La interrelación de esta jerarquización de los cuerpos con la lógica del capital requiere una discusión con el uso de determinados esquemas y categorías por parte de ciertas interpretaciones marxistas tradicionales. En primer lugar, con el “tratamiento que se da a la historia” (p. 135) como un desarrollo en cierto modo lineal y progresivo de determinadas formas sociales y lógicas de dominación. Pero también “se rompe de manera definitiva con el paradigma tradicional marxista, al menos en dos sentidos: a) fracturando el modelo marxista de la infraestructura y la superestructura, reemplazado como se ha dicho por una multiplicidad de estructuras de carácter heterogéneo y b) superando la antigua dicotomía existente entre «economía política» (asimilable a todo lo que podemos considerar como un mero factor económico) y «cultura» (donde entrarían el resto de aspectos)” (p. 139-140). A través del trabajo de autores como Aníbal Quijano o Santiago Castro-Gómez, Navarro pone de manifiesto el carácter eurocéntrico de una interpretación de la historia del capitalismo que no integre el marco del proyecto colonizador europeo. Tanto en los orígenes esclavistas de la hegemonía europea como en la pervivencia de una estructura de poder donde la clasificación social y cultural sigue teniendo “un gran peso en la configuración actual del capitalismo” (p. 138).

Este último capítulo pone así en juego un argumento sobre el modo en que categorías como *trabajo*, *naturaleza*, *historia* o *cultura*, no siempre problematizadas de manera adecuada por algunas corrientes del marxismo, pueden ser integradas en una explicación de los fundamentos lógicos del capitalismo. Si bien ello exige traer a la discusión otras teorías y tradiciones, Navarro realiza un exitoso esfuerzo de síntesis para actualizar la crítica de la economía política a la altura de los problemas epocales que debe afrontar hoy una teoría crítica de la sociedad. No de otra manera es posible afrontar el “abismo que parece mediar entre nuestra capacidad de acción y los cambios estructurales que son imprescindibles para afrontar el porvenir con una razonable esperanza” (p. 143).

Jorge del Arco